

Cartaphilus 11 (2013), 1-7

Revista de Investigación y Crítica Estética. ISSN: 1887-5238

NAPOLEÓN COMO ARQUETIPO EN LA OBRA DE LÉON BLOY

Impetuoso y contemplativo a un tiempo, Léon Bloy trazará un esbozo de su propia naturaleza en su opúsculo *El alma de Napoleón*, en cuyas páginas, tras la imagen del corso podemos observar la efigie en la sombra de Bloy, compartiendo sus mismas victorias y derrotas, sus mismas exaltaciones y desesperanzas. Con este escrito, como complemento a cuanto registra en sus *Diarios*, queda iluminado el fin de una época al tiempo que asistimos al oscuro nacimiento de aquella otra reciente que Bloy rechazó, esbozando no por casualidad una doble línea que sitúa a un lado el medievo como periodo afín a todo tiempo de inocencia, y al otro todo aquello que podríamos asimilar a los tiempos de tecnificación. Estas correspondencias, cuerpo bimembre de analogía y alteridad, serán cuanto ocupen las líneas de nuestro trabajo.

La aparición de Napoleón Bonaparte en el juego de acontecimientos de la historia bien puede asimilarse a la estela dejada por el astro encendido al contacto con la atmósfera, una estela visible por todos a excepción, precisamente, de quien la dibuja, inmerso el proyectil como está en su propio orden de cosas, un orden cuya esencia no pertenece al mundo de lo con-

creto, razonable y mensurable, sino al de los símbolos, regidos –de acuerdo con Bloy– por fuerzas no valorables desde un juicio moral sino desde su condición de aportadoras de sentido a escala suprahistórica.

En una entrada de su diario con fecha de 20 de diciembre de 1909, Léon Bloy escribe que “en lo absoluto [...] todo hombre tiene su misión, al igual que toda planta tiene su virtud, bienhechora o maligna. No se sabe siempre cuál es esta misión” (Bloy 2007: 368), al menos en los momentos en que ésta se distancia en magnitudes relevantes del mundo siempre escaso de los fenómenos razonables. Pues bien, parece claro, para Léon Bloy Napoleón escapa a toda medida humana y se adentra en el inmutable mundo de los arquetipos, en un plano donde la idea de azar, la posibilidad, se estrecha hasta convertirse en destino. Napoleón será precisamente para el escritor francés encarnación de un arquetipo, encarnación absolutamente primaria, imbuida de sentido, de finalidad, más allá de que ésta se cumpla o quede truncada. Dicho deber, por otra parte, podrá resultar incomprensible para el propio ejecutante –para Napoleón–, como lo será, desde luego, para el común de los

mortales, pero no así para un Léon Bloy que se verá a sí mismo como anunciador y descifrador de aquellos símbolos - Napoleón incluido- sobre quienes recaerá el papel de constituirse en figuras orientadoras del signo de los tiempos, tal y como considerará que lo fueron Jesucristo o Cristóbal Colón.

Desde esta comprensión, con este propósito de dotar de sentido a la historia, a la personal cosmovisión de Léon Bloy, y ya de paso con el deseo de describir una naturaleza considerada como afín a la propia, nacería *El alma de Napoleón* durante los primeros meses de 1912, pese a que desde veinte años atrás encontramos en sus *Diarios* indicios de ir gestando en su interior la obra en cuestión. Considerado el curso como alma gemela a la suya, Bloy aprovechará su trabajo para justificar y comprender su propia existencia, entregada por completo a otro campo de batalla como el de la iluminación del espíritu divino a partir de la palabra. Para Bloy valdrá asimismo esta descripción realizada en *El alma de Napoleón* sobre el estado de un emperador bifurcado entre su misión como individuo y su destino como astro solitario:

Estaba solo, absoluta, terriblemente solo, y su soledad tenía apariencia de eternidad. Los famosos anacoretas de la Antigüedad cristiana disfrutaban, en sus desiertos, de la conversación de los ángeles. Estos ascetas estaban aislados, pero no estaban solos; se reunían en ocasiones entre ellos, aunque enumerarlos es difícil. Napoleón, semejante a un monstruo que hubiese sobrevivido a la extinción de su especie, estuvo auténtica-

mente solo, sin compañeros que le comprendieran y ayudaran, sin ángeles visibles, y tal vez, también, sin Dios; pero esto ¿quién puede saberlo? (Bloy 2010: 33-34).

A ojos de Bloy Napoleón coagulará toda una época, con sus deseos y sus miedos, sus rechazos y sus satisfacciones; en su espíritu cristalizarán los hechos acaecidos desde siglos atrás cual savia entregada a vivificar la última flor del árbol de la vida y de la muerte; en su alma palparán engañadas todas aquellas almas entregadas al barro humeante de los campos de batalla donde millones entregaron sus vidas por la causa del emperador. Napoleón -se atreve a señalar el escritor-, es el "Precursor de Aquél que ha de venir y que tal vez no esté muy lejos, [...] representado por todos los hombres extraordinarios que lo han precedido a lo largo de los tiempos" (Bloy 2010: 13-14). En estas latitudes todo se tornará alegórico, alternándose una larga serie de metáforas y símiles con los que el autor pretende retratar a su protagonista y, con ello, dotar de un nuevo impulso al derrotero inerte de los tiempos, cuyo curso natural tan sólo trataría de tomar un nuevo rumbo pocos meses después con el inicio de la Primera Guerra Mundial.

Napoleón, más que una individualidad, es para Bloy un destino, un portador de vida nueva sobre el que se concentran todas las individualidades y, en rigor, su extenso reino, que -a sus ojos- tampoco será de este mundo, pues él mismo es quien guía los hechos y no al revés. Napoleón

permanecerá indescifrable para él mismo, incomprendido para sus coetáneos, quienes tan sólo alcanzarán a entrar en su interior desde un rasero inferior y escaso, demasiado humano, que le torna, a lo sumo, modelo de tirano, cuando no sanguinario terrible que asoló Europa empujado exclusivamente por su ansia de dominio.

Este último retrato resultará notablemente lejano al trazado por Léon Bloy, quien identificará al corso como “rostro de Dios en las tinieblas”, como aquel que tomará la responsabilidad de cometer libremente un acto necesario. La pluma de Bloy, descripción tras descripción, encomio tras encomio, dejará así perfectamente claro el orden simbólico de este redentor de los tiempos, este catalizador de un sentido aterrador de la historia, completamente desacralizada, necesitada de su figura y de su posterior sacrificio, todo a modo de mandato divino según Bloy, y a modo de mandato de un ignoto destino según comprende su tarea el emperador.

Convenía, sin duda, que dicho gesto fuese realizado por un hombre que apenas creía en Dios y que ignoraba sus Mandamientos -sentencia Bloy-. No teniendo la investidura de un Patriarca ni de un Profeta, era importante que fuese inconsciente de su Misión, tanto como una tempestad o un terremoto, hasta el punto de poder ser asimilado por sus enemigos a un Anticristo o un Demonio. Sobre todo y ante todo, era necesario que por él fuese consumada la Revolución Francesa, la ruina irreparable del Viejo Mundo. Evidentemente, Dios ya no quería saber nada de aquel Viejo Mundo. Quería cosas nuevas, y hacía falta un Napoleón para ins-

taurarlas. Una aventura que costó la vida a millones de hombres (Bloy 2010: 18).

Cuanto Napoleón representa para Bloy, como leemos en estas palabras, más allá incluso de su valor particular como individuo, es el ocaso del viejo orden aristocrático y el nacimiento de un reino, todavía no consumado pero sí anunciado, un reino que será entregado a aquéllos magnánimos de alma y cuya jerarquía jamás podrá ser alcanzada mediante las finanzas o el rango social, observación natural en un Bloy enemigo de la usura y del burgués.

Los gestos que el autor muestra de exagerada megalomanía son bien conocidos y no desmerecen en nada los del propio Bonaparte, y así -reflexionará el autor-, de modo paralelo a aquella estulticia general que no alcanza a comprender las acciones del corso, se ve él también incomprendido por sus semejantes pese considerarse a sí mismo como nueva mano escritural del sino de los tiempos, de manera semejante a sus *iguales* Ezequiel o Elías, siempre admirados al tiempo que asimilados a su misma configuración espiritual. El giro de los tiempos vendrá a recompensar la oscura e ingrata labor de Napoleón, de Léon Bloy, ambos como almas semejantes, pues sólo lo semejante alcanza a comprenderse en su integridad, bajo una condición material enteramente distinta, desde luego, pero sin duda ajena a la condición supraindividual de este astro doble en su parte activa y su correspondiente contemplativa.

Lejos de continuar resaltando aquello

que Bloy ya se encarga por sí mismo de hacer, dando por supuestas aquellas comparaciones entre Bloy, Napoleón, los profetas del Antiguo Testamento y Cristo, que luego habremos de recuperar por no permitir que decaiga el pulso firme con que el escritor defiende indómitamente su causa, pasaremos a continuación a perfilar la relación entre antiguos y nuevos esquemas tan del agrado del autor de los *Diarios*, quien establecerá un sesgo entre la humanidad según sea vivida desde parámetros más lejanos o más cercanos al espíritu del medievo, sin que ello impida la excepcional alianza entre eones espirituales de naturaleza afín por mucho que se distancien en el tiempo. El sentido de la historia será, en cierto modo, positivo, pero no de acuerdo con unos parámetros racionales, sino desde su sentido suprahistórico, desde una interioridad no necesariamente observable en los acontecimientos singulares. Así, mediante esta desvinculación entre orden material y orden no fenoménico, quedará establecido un orden paralelo por donde caminarán -sólo ellas lo harán en rigor- aquellas almas sometidas en hechos pero no en espíritu al juicio enteramente insuficiente de la crítica moral.

El paisaje, desde un lado del marco es hermoso, qué duda cabe, pero desalentador desde ese otra cara poblada por campos ahora arrasados, incendiados, mientras el hombre *fuerte* continúa, sin prestar oídos a nadie, a nada que no sea su voz interior, pretendidamente divina, concretizando de tal manera su labor apocalíptica, acorde tan sólo al alcance de sus extravia-

dos deseos personales. Leyendo a Bloy creemos vivir en el mundo aún por florecer de Clemente de Alejandría, en el de Juan Damasceno, el de Orígenes; creemos pertenecer a la época de los primeros cristianos perseguidos, con él como patriarca, como desafiante de todo indicio de descreencia ante la idea de destino y redención; creemos presentarnos ante un ermitaño, ante un padre de la iglesia concentrado en dejar por escrito el testimonio de sus revelaciones al tiempo que todo fluye, que el mundo vive una vida que a él no le corresponde; creemos escuchar, en fin, a un *místico del dolor*, tal y como le definió Albert Béguin (2003), enemigo de la riqueza mal distribuida, combatiendo al burgués y a cuanto quede encaminado a preservar una falsa seguridad y una desviada conciencia mediante la escritura en una mano y la espada en la otra. Nadie habrá de juzgarle por ello, considerará, pues, a él mismo, como al Napoleón que retrata, le fue encomendada una misión superior a destinada al resto de mortales: "Todo hombre es simbólico, y en la medida que es un símbolo es un ser vivo" (Bloy 2010: 15).

En efecto, Bloy considera que Napoleón, Cristo, él mismo, obedecen a un deber divino, si bien es cierto que el primero de ellos jamás llegaría a alcanzar el sentido completo de sus acciones:

no sabiendo él mismo a dónde le llevaba una Voluntad misteriosa, cuyos requerimientos no tenía intención de discutir, y reservándose exclusivamente la responsabilidad más absoluta que un mortal haya asu-

mido, le pareció sencillo exigir el desinterés absoluto de varios millones de criaturas a las que él colmaba de gloria, ya que no disponía de otra cosa, pero adivinando muy bien que aquellos instrumentos inferiores de la Fuerza irresistible, cuyo impulso experimentaba, se encaminaban, como él, y al mismo paso, a la consumación ineluctable de un Designio oculto que excedía la comprensión de su genio (Bloy 2010: 38).

Conocer el fin último de sus decisiones, en cierto modo, no sería sino sustraer parte de la fuerza primigenia a este hombre de acción, despojarle de un necesario componente fatalista, componente predominante en todo individuo puramente activo. Así, si el mismo Napoleón consideraba que él mismo era el motor de sus acciones; si, por otra parte, Lev Tolstoy consideraba en *Guerra y Paz* que ese mismo Napoleón no era sino una marioneta cuyos hilos eran manejados por el pueblo y por los acontecimientos; Léon Bloy irá un paso más allá al considerar al emperador como una encarnación de la potestad divina sobre la tierra.

Éste, una vez realizada su empresa, deberá ser sacrificado. Una vez cumplida su función, no habiéndose guardado para sí mismo un brote de energía, debería sucumbir y de este modo presentarse ante la posteridad como substancia pura, quedando el futuro incapacitado de imaginarse a este hombre en otra situación que no fuese la de su cabalgar furioso por la historia, su combate demoledor por derribar el antiguo orden dominante en Europa en pos de dejar el terreno preparado para una

consolidación de las acciones humanas acordes con un espíritu más encarado hacia lo absoluto de cuanto lo pudo estar desde tiempos pretéritos, desde la tan admirada por Bloy Edad Media cristianizada.

Retomando el cauce de esta anterior idea, Bloy sintetizará la lucha de fuerzas despertadas y enfrentadas por entonces a modo de una colisión entre el reino de la cantidad y el reino de la calidad. La transformación de la vida en cantidades numéricas, del espíritu en materia mensurable, será considerada por Bloy como el mayor de los males que asolan a la humanidad desde el ya lejano medieval -el hecho lo ha estudiado con insuperable claridad René Guénon (1997). En un punto cercano, la ética protestante, de acuerdo con Bloy, compartiendo las nociones presentada por Max Weber en su *Ética protestante y espíritu del capitalismo*, vendrá a ser sinónimo de un reduccionismo al número, quedando evidenciado de modo explícito la sorprendente prioridad que para el autor una vida como la de Napoleón -o la suya propia- posee sobre aquellos cientos de miles de víctimas arrojadas sobre los campos de batalla durante las guerras napoleónicas.

La Calidad no puede expresarse en nosotros más que por un simbolismo -continúa Bloy. Es preciso que un hombre, consciente de una manifestación superior del Número, fuerce la materia sometida a la Cantidad que es su expresión, a repetir analógicamente, en la tendencia inferior, lo que él ha conocido de la tendencia superior. Es la sumisión absoluta de la Cantidad que el artista ha domeñado y que encarna, en el

tiempo y en el espacio, a los ojos de los hombres, la armonía incorpórea entrevista (Bloy 2007: 386).

Como emisario divino, Napoleón gozará del privilegio de moldear la historia, deviniendo su figura en prefiguración espiritual al tiempo que el terreno en el que ejecuta su tarea, la historia, el mundo de sujetos y objetos, pasa comprenderse como materia burda e imposibilitada de ennoblecerse por sí misma. No le importará a Bloy la carencia de un Dios en el espíritu de su héroe, no le importará el que sus obras queden ofrecidas a la gloria de sí mismo. De acuerdo con Bloy, Napoleón era un viviente, como también un durmiente, un poeta de la historia en duermevela, un espectro que arrasó los campos de toda Europa sin tan siquiera cobrar conciencia de los hechos, sólo de su destino, guiado sin más por un estado de sueño universal del que sólo despertaría, quizás, ya en Santa Elena, en aquel postrer periodo en que renegaría de aquellas cartas recibidas a nombre del ya denostado título de *El Emperador*. El personaje se agotaba, su destino con él, las cenizas del volcán se asentaban nuevamente sobre la historia, sobre un presente, el de Bloy, en el que “nada [...] puede existir, después de que el solo ser en quien todas las cosas parecieron, por un momento, tener su consistencia, Napoleón el Grande, fuera sepultado” (Bloy 2010: 67),

El cataclismo, tal y como comenta Bloy, no sirvió sino para acelerar el sentido histórico de unos acontecimientos entregados

por completo al vacío, a la vivencia más allá del alma. Caído quedaba el Antiguo Régimen, sí, pero tan sólo como cáscara, como forma vacía de un espíritu tecnificado que se iría acrecentando hasta infiltrarse en todos los órdenes vitales sin espacio alguno ya para la respiración de ese magma bullente capaz de transformar vidas. Católico como era, no por ello Bloy dejará de arremeter una y otra vez, con ahínco, contra unas y otras confesiones al considerar que “la Divinidad moderna [...] es el ídolo Cantidad, el Dios *Quantum*, con culto más exigente, más implacable que el que pudo tener el *Fatum* antiguo” (Bloy 2007: 585).

Como individualidades puras, como decantación espiritual absolutamente superior en grado a la manifestada por el hombre-número, Bloy escogerá a Napoleón y a Cristo a modo de figuras cercanas a su propia consideración personal. Encontramos en esta asimilación un deseo de situar a un lado espíritus puros, sin disfraz y como de paso en este mundo de la representación, ya sea desde su cara activa o desde aquella contemplativa, y a su vez una necesidad de mostrar el gran orden del mundo, con sus seres iguales unos a otros, intercambiables y suplantables, pertenecientes al conjunto de lo numérico, jueces implacables y dominadores en un mundo regido por hechos materiales, incapaces todos ellos, todos estos entes sociales, de tomar parte en todo cuanto compete al sustrato anímico de lo real. Persecución, incomprensión y sacrificio final se presentan como características compartidas por

la escasa serie de grandes individualidades, de hombres-destino, Napoleón y Cristo primeramente, llegando a su equiparación más sorprendente en las páginas de nuestra obra cuando su autor señala que

aquella visitadora abandonada [Francia] necesitaba un Dios visitador y corpóreo, un Dios tangible que la consolara, cuando Napoleón le fue mostrado, lo reconoció al punto, salió de ella un inmenso clamor de pasión delirante, y se entregó por entero [...] Llegará un día -continúa Bloy llevando esta asimilación al extremo-, quizá, en que las reliquias de Napoleón no estarán ya en su admirable Sepulcro de los Inválidos. Se abrirá el sarcófago y estará vacío, por no haber podido subsistir la apariencia misma de ese polvo, después de la extinción del prestigio que le rodeaba" (Bloy 2010: 101).

Dejando de lado el carácter bien simbólico, bien literal de estas palabras, quedará claro, así lo podemos deducir a través del testimonio registrado en sus *Diarios*, que la empresa particular que Bloy guardaba para sí se veía reflejada en estas imágenes, sabiéndose como aquéllos un ser solitario e incomprendido cuyo retrato acertado lo podemos encontrar en las siguientes palabras recogidas por su íntimo Jacques Maritain:

Bloy es un terrible mendigo, que no sufre la mediocridad en los hombres, y que Dios no contentará más que con el martirio y la visión de su Gloria. Se diría algunas veces que, en su deseo de bienaventurada visión, cierra voluntariamente los ojos a las luces ordinarias, para andar a tientas hacia el puro resplandor. Esta impaciencia mística es, a

mi juicio, el manantial del que fluye el arte de Léon Bloy (Bloy 2007: 448).

Concluimos con estas palabras este comentario en torno a una obra comprendida como intento efervescente y desesperado por iluminar el sentido atribuido a la tarea de Napoleón, al tiempo que como medio de entroncar de manera explícita y de modo singular con las dificultades, incomprendiones y triunfos espirituales compartidos entre el emperador y Jesucristo, quedando, de modo velado y de manera implícita, una más sutil identificación esbozada por el autor entre estos espíritus inabarcables e inagotables y la naturaleza eremítica del siempre deslumbrante Léon Bloy.

BIBLIOGRAFÍA:

- BÉGUIN, A.; *Léon Bloy, Místico del dolor*; Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
- BLOY, L.; *Diarios*; El Acantilado, Barcelona, 2007.
- BLOY, L.; *El alma de Napoleón*; Eneida, Madrid, 2010.
- GUÉNON, R.; *El reino de la cantidad y el signo de los tiempos*; Paidós, Barcelona, 1997.
- WEBER, M.; *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*; Alianza, Madrid, 2012.

GUILLERMO AGUIRRE MARTÍNEZ

Universidad Complutense de Madrid